¿Digitalizar la realidad? El monstruo ya no quiere ganar la guerra: quiere la realidad.

Imaginá que mañana te despertás y todo lo que sos —tus ideas, tu voz, tus dudas, tus compras— ya está traducido a datos. Nadie te lo preguntó. Simplemente pasó. ¿Seguirías siendo vos, o te habrías convertido en una copia muy precisa de vos que otros administran? En un artículo anterior, *La guerra de las IA ¿Alimentar al monstruo?*, me preguntaba si las potencias dejarían de alimentar su propio "monstruo" frente al riesgo de una catástrofe global. Hoy quiero dar un paso más: ¿qué pretende, en el fondo, el monstruo? Mi sospecha es que no busca solo ganar una guerra, sino algo más ambicioso: *digitalizar la realidad*.

Fernando G. Bertona (MP 100246, CPCIPC, Ley 7642/87)

En pocas palabras

- Digitalizar la realidad es traducir la vida a datos y gobernarla con algoritmos.
- Leída con cierta perspicacia, esa operación deja afuera —o en manos de pocos— lo abstracto de la realidad: propósitos, fines, sentido.
- Una realidad así no es más "eficiente": es una realidad amputada.

Lo que entra y lo que queda afuera

Como expresé en *Interpelar al futuro,* la realidad —o, dicho de otro modo, el modelo de realidad que propongo (MR3)— es la integración acoplada de tres ámbitos: lo concreto (LC) que es aquello que se toca, se mide, se pesa; lo abstracto (LA), que incluye intenciones, ideas, funciones y fines; y lo metodológico (LM), que aparece como puente entre ambos y que facilita su vinculación. No se los puede separar sin romper algo: están acoplados.

Ámbitos MR3	¿Qué se digitaliza?	¿Qué queda afuera o en disputa?
LC – Lo concreto	Cuerpos, movimientos, consumo, territorio, clima	La experiencia vivida de ese cuerpo y de ese lugar
LM – Lo metodológico	Procesos, decisiones rutinarias, predicciones	El criterio para elegir qué método usar y cuándo detenerse
LA – Lo abstracto	Se simula: perfiles, preferencias inferidas	Propósito, sentido, empatía, conciencia

Mirá entonces la digitalización con esa lente. La del MR3. Sensores, cámaras y gemelos digitales se ubican en el mundo de LC con una precisión inédita. La IA, a su vez, es pura metodología (LM): datos, tecnologías, algoritmos. ¿Y LA? Ahí está el problema. Los datos registran lo que hacés, no para qué lo hacés. La IA detecta patrones, pero no lee entre líneas

en el sentido profundo de *intellegere*: no capta el propósito, la culpa, la ternura, ese silencio que dice más que mil palabras.

Ojo: lo abstracto no desaparece. Alguien lo define. Si los fines no los ponemos nosotros, los pone quien controla el algoritmo. **Ese es el verdadero botín**.

El humano y el planeta: ¿protagonistas o insumos?

¿Qué rol nos quedaría? Veo tres posibles: a) proveedores de datos (el humano como mina a cielo abierto), b) operadores que supervisan lo que no terminan de entender, o c) custodios del sentido, los únicos capaces de preguntar "¿para qué?". Los dos primeros ya están en marcha. El tercero hay que elegirlo.

¿Y el planeta? Paradoja: lo digital parece etéreo, pero es durísimamente concreto. Los centros de datos consumen cantidades crecientes de energía, agua y minerales. Una digitalización total, empujada por una carrera sin pausa, *le pediría a la Tierra un esfuerzo que todavía nadie calculó con honestidad.* No parece, pero la nube también deja su huella en el cielo.

La guerra de las IAs - Alimentar al monstruo II [2026]

Vamos a lo incómodo. ¿Este proyecto nace de un poder que busca perpetuarse a cualquier costo, o de una fe ingenua en que toda innovación técnica es, por definición, ¿progreso?

Mi respuesta: probablemente nace un poco de ambas, y acopladas. La ambición de poder aporta el propósito, el fin (LA); el entusiasmo tecnológico, muchas veces sincero, aporta el método (LM); y el planeta y nosotros ponemos lo concreto (LC). Es un modelo MR3 completo, pero orientado a un propósito que nadie votó. Por eso es tan difícil de detener: *cada parte se siente inocente*. Está convencida de su propia justificación.

A esta altura del tema, recuerdo una "verdad histórica" del mundo tecnológico: *toda tecnología se impone de facto a través del mercado* y se convierte ipso facto, en mercadería que se vende a través de maquillaje publicitario.

Volviendo al tema, ¿Qué instituciones quedarían en pie luego de tan categórica digitalización? Formalmente, quizá todas: elecciones, constituciones, derechos escritos. Pero, si las decisiones reales son tomadas por sistemas opacos, la democracia y la república se vuelven cáscaras, forma sin contenido. De esta manera, las libertades pasan a pesarse en la balanza de todo aquello que podés hacer *sin ser visto, medido, registrado*. Y la empatía social —que no se programa— dependerá de cuánto la sigamos ejerciendo cara a cara.

Entonces, ¿tenemos alguna chance?

Seré honesto: detener este tipo de cambio de paradigma —y menos de golpe— parece improbable, muy improbable. Pero detenerlo puede que no sea la única opción. Quizás pueda reorientarse. Y la palanca está, otra vez, en el ámbito de lo abstracto: en el ámbito del para qué.

Cada vez que exigís transparencia sobre cómo decide un algoritmo, cada vez que defendés un espacio no digitalizado —una conversación, una caminata, una asamblea—, cada vez que te negás a delegar tu criterio, le estás devolviendo a la realidad su parte invisible. Parece poco. Multiplicado por millones, es una política. Y quizá la base de algo que ya planteé hace un tiempo: *acuerdos globales que pongan límites al monstruo antes de que el monstruo termine de ponernos los suyos*.

Te dejo un par de preguntas:

> *Si mañana tuvieras que elegir una sola parte de tu vida que nunca dejarías digitalizar, ¿Cuál sería? ¿Y qué estás haciendo hoy para protegerla?*

Del libro: *Interpelar al futuro desde un ejercicio profesional incierto* (Fernando G. Bertona, Tinta Libre, 2026).